

taron con armamentos en las costas, preparados más bien contra él que contra Francia. Indeciso y sin saber qué hacer en Bruselas, daba tiempo al duque de Guisa para que atravesara segunda vez sus líneas y cayera sobre Thionville. Acababa de casarse con el delfín, hijo de Enrique II, María Estuardo, sobrina del duque de Guisa; pero este, sin detenerse en los regocijos, ni desvanecerse con este aumento de favor e influencia en la corte, en veinte días tomaba la plaza de Thionville. Su plan de campaña parecía amenazar á Bruselas: el ejército de Thionville debía reunirse en Flandes con otro que había de salir de Calais á las órdenes del mariscal de Termes. Este avanzó hasta Dunkerque, tomó la ciudad, sin poder evitar que sus alemanes la entraran á saco, y llegó hasta Newport. Pero el ejército español se despertó en fin. Mientras Filiberto esperaba á Guisa en Maubeuge, el conde de Egmont cortó las comunicaciones del ejército que acababa de saquear á Dunkerque. Embarazados con el botín y obligados á ponerlo en seguridad, los mercenarios del mariscal de Termes quisieron retroceder á Calais; caminaban por la playa y acababan de repasar precipitadamente el Aa, cerca de Gravelinas, cuando se encontraron de manos á boca con las tropas del conde de Egmont: nuestros alemanes clavaron sus picas en la arena y se negaron á combatir (1); y sólo la infantería gascona sostuvo el choque de la caballería española. Indecisa estaba la jornada, cuando doce barcos ingleses (2), atraídos por el estruendo de la mosquetería, se pusieron en línea á lo largo de la costa é hicieron algunas descargas de artillería. Esta inesperada agresión llevó el desorden á nuestras filas; Egmont supo aprovecharse de él y el ejército del mariscal de Termes fué derrotado completamente (3).

A la noticia de esta derrota, retiróse el duque de Guisa sobre el Somme y estuvo maniobrando todo el resto de la campaña á presencia de los ejércitos españoles que Felipe II había reunido. Respetándose mutuamente, se evitaba por una y otra parte la batalla, cuya pérdida hubiera sido un desastre: con esto se pensó en la paz.

VII.—Conferencias de Cercamp

Agotados sus últimos recursos económicos, veíase Felipe reducido á escribir: Os digo que

- (1) Leti, Tavannes.
 (2) Natalis Comes, pág. 252.
 (3) El 13 de julio de 1558.

estoy imposibilitado absolutamente de sostener la guerra; si no hago las paces, estoy á punto de perderme (4). Sus ministros no se hacían la menor ilusión. «No tenemos un real, y debemos á los mercenarios alemanes más de un millón de escudos, sobre lo que se les acaba de pagar á buena cuenta de su antiguo crédito. Si no se hace la paz, ha de verse el rey en el más tremendo apuro en que pueda verse un monarca» (5). Los banqueros de Amberes estaban ya intratables y se veía á los comerciantes de Sevilla valerse de ardidés para entrar en posesión de las barras que les llegaban consignadas á Cádiz y que eran retenidas por el fisco. Este último rasgo de audacia hubo de despertar la cólera del moribundo Carlos V, el cual escribió á su hija Juana ordenándole que cargara de hierros á aquellos avaros mercaderes, los arrancara de sus mostradores á la luz del día y los enviara al castillo de Simancas; calificábalos en términos tan violentos que el secretario no se atrevió á emplear las mismas expresiones (6).

El viejo emperador veía con despecho desvanecerse el respeto, propagarse las nuevas ideas y hasta corromperse su fiel España. ¿Se permitiría que mientras se agotaban los recursos en guerras estériles, alentara la herejía las ideas de libertad? Todos los que resulten culpables á juicio de la Inquisición, escribe á la regente Juana (7), deben ser castigados ejemplar y rigurosamente. Las costumbres se pervierten: el mismo viejo César ¿no había dado ejemplos perniciosos en su indulgencia con los luteranos de Alemania y en su fragilidad con sus súbditas? Así, él mismo es el primero que se castiga: prohíbe á toda mujer acercarse al monasterio á distancia de más de dos tiros de ballesta,

(4) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 454, Felipe al obispo de Arras, 12 feb. 1559. «Yo os digo que estoy de todo punto imposibilitado de sostener la guerra. So pena de perderme, no puedo dejar de concertarme.»

(5) Ibid. pág. 458. «Si no se hace la paz, yo veo al rey puesto en el mayor trance que rey ha visto jamás.»

(6) Carta del emperador á la regente Juana, del 31 de marzo de 1557, y carta de Martín de Gaztelu á Juan Vazquez, del 12 de mayo siguiente. Estos documentos forman parte del legajo relativo al retiro de Carlos V en el monasterio de Yuste: algunas de estas cartas se han citado ya en las páginas precedentes. Este legajo de Yuste ha estado mucho tiempo secretamente guardado en Simancas; pero en estos últimos años se ha estudiado con tal detenimiento, que nos es ya conocida la menor circunstancia de aquel período. Se ha utilizado en las obras siguientes: Don Tomás Gonzalez, *Retiro, estancia y muerte del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste*, 1847.

Stirling, *The cloister life of Charles the Fifth*, 1852.
 Amadeo Pichot, *Chronique de Charles-Quint*, 1854.
 Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint*, 1853.
 Mignet, *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, 1856.

(7) Carta del 3 de mayo de 1558. «Para que los que fueren culpados sean punidos y castigados con demostración y rigor.»

so pena de doscientos azotes (1); azótase él á sí mismo con toda la fuerza de su brazo senil, ensangrentando los nudos de su disciplina en sus rugosas espaldas, y muere en el momento en que su hijo se inclinaba á la paz cediendo á la penuria de sus arcas (2). Encarga en su testamento no pensar ya en otra cosa que en extirpar la herejía, en exterminar á los herejes y reconstituir el orden establecido: tal es su horror á toda idea de cambio en los poderes de los reyes, que se acuerda del pobre rey de Navarra, cuyo abuelo fué desposeído, y habla de restituir el reino, si sabios teólogos, prudentemente consultados, aconsejan el abandono de esta presa (3).

Los mismos terrores fatigaban al propio tiempo el ánimo de Enrique II. Como los burgueses de Amberes y los comerciantes de Sevilla, los burgueses de París se sentían al parecer inclinados á las nuevas ideas: varios miembros del Parlamento hablaban de su conciencia; los beneficios eclesiásticos y las pensiones de los cortesanos llamaban la atención, y era tiempo de asociar los esfuerzos de los príncipes para defender los privilegios constituidos. Los dos reyes de Francia y España estaban, por otra parte, seducidos por la idea de unir las fuerzas de las dos naciones católicas para reprimir toda tentativa de innovación en la Iglesia; pero Felipe no quiso, por consejo de prudencia, sacrificar los intereses nacionales á la impaciencia de ponerse al servicio del dogma. Enrique II, al contrario, en su prisa de emprender una cruzada contra sus súbditos infieles, se empeñó en las negociaciones con el propósito de no discutir ninguna concesión. El primero estaba sin duda decidido á extirpar la herejía, pero no lo estaba ménos á recobrar sus provincias, posponiendo á esta ventaja la protección de las almas que diariamente se perdían; el segundo creía al parecer que nunca sería demasiado pronto para desembarazarse de las conquistas que retardaban el momento de proteger las almas contra la herejía.

Por una curiosa fatalidad los negociadores de los dos adversarios eran respectivamente el fiel trasunto del carácter de cada uno de sus amos. Ambos á dos eran eclesiásticos, como si se hubiera querido demostrar que se ajustaba la paz principalmente en interés del catolicismo; pero el nuestro, el cardenal de Lorena, era un epicúreo vanidoso, un espíritu inquieto sin ins-

trucción política, sin elevación, sin conciencia; mientras el representante de Felipe II estaba adornado de maravillosas aptitudes de gobierno: era Antonio Perrenot, obispo de Arras, que fué luego el cardenal Granvela.

Su abuelo fué herrero en Ornans; su padre era abogado en Besançon. El abogado había llegado á ser canciller de Carlos V; había tenido quince hijos de la burguesa de Besançon Nicolsa Bonvalot, con quien se había casado ántes de llegar á los honores. El cuarto, Antonio (4), había recibido á los veinticinco años de edad la mitra de Arras, y desde entónces había intervenido en todos los negocios. Era dócil, laborioso, exacto: así era como Felipe II deseaba un ministro, y al tomar las riendas del poder, aumentó las atribuciones de Antonio Perrenot. Estos dos hombres tenían las mismas rarezas de genio: gustaban los dos de aplazar las decisiones, de agotar todas las hipótesis ántes de elegir las probabilidades de un partido, de estudiar los inconvenientes de una medida, áun después de estar ya adoptada. Complacíase al rey sugiriendo objeciones, descubriendo inconvenientes, despertando inquietudes. Granvela era de suyo propenso á esta especie de lisonja. En las negociaciones de paz con Enrique II, se limitó á no ceder nada y á exigirlo todo. Sin embargo, el cardenal de Lorena no podía renunciar á Calais sin renegar de la gloria de su hermano; estaba obligado á conservar para Francia la ciudad cuya conquista era el honor de su casa. Pero esta misma ciudad había de ser necesariamente reivindicada por Felipe II con la mayor obstinación, como una prenda recibida de su esposa. No podía borrar sus agravios y rehabilitarse con María, sino devolviéndole intacto su reino. «Sin ninguna duda nos apedrearía el pueblo, decían los enviados ingleses, si volviéramos sin Calais (5).»

Pero un acontecimiento, que Felipe preveía de mucho tiempo atrás, le permitió por fin abandonar sin deshonor los intereses de Inglaterra.

VIII.—Muerte de María Tudor

En medio de crecientes pesares, la reina María llegaba al último término de su enfermedad. Sentíase impotente contra la Reforma, á pesar de los suplicios que había ordenado; engañada por su hermana, que se conservaba como

(1) Sandoval, tom. II, pág. 612.

(2) El 21 de setiembre de 1558.

(3) Papeles de Estado de Granvela. Véanse también las varias piezas del testamento.

(4) Nació el 20 de agosto de 1517. El retrato del canciller Nicolás Perrenot, por Ticiano, y el de Antonio Perrenot de Granvela, por Gaetano, se conservan en Besançon.

(5) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 319.

una esperanza para los descontentos; aborrecida del pueblo á quien habia arrastrado á una funesta guerra; desdeñada por su marido, cuyo retrato hacia tiras con las tijeras (1), en sus accesos de celos. Y triste y despechada se iba consumiendo (2). Por última vez pidió una entrevista al hombre á quien tanto habia amado, y Felipe envió en su lugar al conde de Feria.

Feria (3) se habia casado con Juana Dormer, dama de honor de María; y algunos meses ántes habia sido ya enviado otra vez á felicitar á la reina por una preñez tan ilusoria como la primera, pero presentada por él, segun las órdenes de Felipe, como un consuelo de la pérdida de Calais (4). Volvió el 9 de noviembre de 1558 con instrucciones redactadas y recopiadas por su amo (5). «Se me ha recibido, escribe (6), como á un hombre que trajera bulas de un papa muerto.» Preséntase el día siguiente á Isabel, que habita el castillo de lord Clinton á trece millas de Londres; cena á su mesa y le manifiesta que Felipe está decidido á reconocerla como heredera de la corona y á declararse «plenamente satisfecho de sus opiniones religiosas (7).» Pero la princesa está muy asida al pueblo y muy confiada que le tiene todo de su parte (como es verdad) y dando á entender que el pueblo la ha puesto en el estado que está; y de esto no reconoce nada á V. M. ni á la nobleza del reino (8). Feria que conoce su vanidad tiene en aquel momento la audacia de contestarle, viviendo aún la hermana, que Felipe habia estado siempre enamorado de ella y que desea darle su mano de esposo, como se comprometa por su parte á defender la religion católica (9). Felipe, replica Isabel, ha sido un marido sin corazon; ha arruinado á Inglaterra, y una nueva union con él no seria del agrado del pueblo: la autoridad del papa le será siempre repulsiva.

Esta afectacion en lo de hablar del pueblo causa grande extrañeza al fiel español, que conserva vivo el recuerdo de aquella noche. Asómbrale, sobre todo, la tendencia á la herejía que no acierta á encubrir la futura reina. El peligro es

(1) Inés Strickland, *Lives of the queens of England*.
 (2) Relaz. ven. Michele.
 (3) Se llamaba don Gomez Suarez y Figueroa. Obtuvo el titulo de duque de Feria en 1567.
 (4) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 251. Instruccion del 21 de enero de 1558. Todavía tiene el rey la singular idea de afirmar que los franceses hubieran quitado la plaza de Calais á los ingleses «aun cuando no estuvieran aliados con él.»
 (5) Stevenson, Prólogo, *Foreign Elizabeth*, tom. II, pág. 12.
 (6) Mem. real Acad. tom. VII, pág. 254, año 1832, publicacion de M. Gonzalez.
 (7) Ibid. «Muy contenta.»
 (8) Ibid. pág. 254.
 (9) Mem. real Acad. tom. VII, pág. 259.

grave, dice; Isabel se rodeará de protestantes y aún de los comprometidos en las conspiraciones; reúne la astucia á la vanidad; todos los traidores y herejes se han levantado de la sepultura para venir á ella. ¿No tiene el rey la culpa? Todos los católicos acusan á V. M., que no ha querido ocuparse de sus intereses.

Siete días despues dispone María que se diga misa cerca de su lecho; incorpórase en el momento de la elevacion y vuelve á caer ya muerta (10). Un emisario de Isabel, el jóven Throckmorton, que espera en el aposento de una dama de honor, se desliza hasta la muerta, levanta la sábana del lecho, miéntras encienden los cirios,



El cardenal Granvela (copia de una medalla de la época)

y le arranca del dedo, que pocos minutos ántes hacia temblar á la corte, el anillo de oro con esmalte negro que Felipe le habia puesto el día de su casamiento, y se lo lleva á la princesa Isabel, como prenda de su emancipacion y poder (11).

El primer acto de la nueva reina fué la ocupacion de los papeles del cardenal Pole, muerto el mismo día precisamente que la reina María (12). Pero, á pesar de sus bravatas delante de Feria, comprendió que su autoridad podia ser puesta en tela de juicio, pues duraba todavía la guerra contra Francia y Escocia, estaba exhausto el tesoro, y los católicos podian caer en la tentacion de proclamar á María Estuardo. Decidióse, pues, Isabel á conservar, aún á costa de simuladas condescendencias, la proteccion de Felipe II, y aún á fingir la intencion de mantener el culto católico. No era todo doblez en estas aparien-

(10) El 17 de noviembre de 1558, á las 6 de la mañana.
 (11) *Ms. Rec. of domestic Elizabeth*, tom. I, núms. 4 y 10; 18 nov. 1558.
 (12) Ibid. *Throckmorton to the queen*.

cias: al lado del deseo de conservar una alianza útil y recobrar á Calais, habia cierto apego á las ceremonias de la Iglesia católica y á sus máximas favorables á la autoridad abso-

luta de los príncipes; habia además los instintos de la jóven sin corazon á quien lisonjeaba la petición en matrimonio del soberano más poderoso de Europa.



Isabel de Inglaterra
 (Copia de un retrato pintado por Franz Forbus de Aelteren (1540-1580))

Esta petición fué dirigida por Felipe en cuanto Isabel le hubo anunciado en latin muy elegante la muerte de su hermana. Al mismo tiempo le hizo donacion de toda la pedrería preciosa dejada por la difunta, sin retener ni aún la que le pertenecía personalmente (1). Por mediacion de Feria hubo de entablarse un curioso diálogo entre las dos Majestades. Habíendose hecho proponer por esposo, tiene Felipe buen cuidado de declarar que sus viajes á Inglaterra no podrán ser frecuentes ni dura-

deros. La demanda de su mano, dice á Feria (2), es sólo en interés del servicio de Dios: la petición ha de hacerse verbalmente y no por escrito.—Pero seria preciso consultar á mi parlamento, replica Isabel (3).—El conde, añade Felipe, deberá plantear francamente la cuestion religiosa.—Temo mucho que esta union sea imposible, exclama entonces la reina, porque mi conciencia se resiste á pedir al papa las licencias necesarias.—Por más que sienta ver fracasado

(1) Cabrera, tom. I, pág. 248.

(2) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 263. «Solo porque creo hacer en ello un servicio grande á Dios.»
 (3) Ibid. pág. 264.

un proyecto que tanto me lisonjeaba, concluye Felipe, y parecía ser de suyo tan favorable al bien público, una vez que la reina no admite igualmente su necesidad y en la creencia de que una buena amistad dará los mismos resultados, quedo pagado y contento (1).

Cada uno de ellos había, en efecto, logrado sus fines en esta especie de coquetería de dos meses: Isabel se había hecho aceptar por los católicos ingleses en razón de este apoyo de Felipe II; y Felipe había evitado una inteligencia secreta entre Inglaterra y Francia: también había encontrado un pretexto decoroso para abandonar á Calais.

IX.—Paz de Cateau-Cambresis

Enrique II conocía los manejos de Felipe II para arreglar sus negocios en Inglaterra y ver de obtener la mano de la nueva reina (2); pero declaraba al mismo tiempo: «Estoy resuelto á no firmar jamás ningun tratado, por el cual se me escape de las manos la plaza de Calais (3).» A los comisarios ingleses les pareció duro haber de pagar tal precio por una guerra que su país no había consentido. «No nos toca á nosotros que no hemos provocado la contienda, decían (4), pagar sus gastos ni ménos pagarlos con semejante joya.»

Isabel renovó los empréstitos en casa de Lázaro Fucker en Amberes (5) y quedó prevenida contra los franceses «que quieren separarnos de los españoles, dice su enviado (6), para cantar luego ¡*To Paan!* pero mi gramática me enseñó en otro tiempo: *fistula dulces canit volucrum dum decipit auceps*. Cantaron en tiempo de Enrique VI con tanta armonía á los oídos de Felipe de Borgoña, que lo apartaron de nuestra alianza para obtener lo que deseaban. Son hombres ingeniosos de los que echan huesos entre amigos. El cardenal Bellay, el más maligno colega de todo el colegio romano, persuadió á Enrique VIII de que era su amigo y su flauta pareció tan melodiosa que lo arrastró contra España.»

Las conferencias iniciadas en Cercamp se continuaban en Cateau-Cambresis: el duque de

(1) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 266.

(2) Gail, Cartas inéditas de Enrique II, pág. 31.

(3) Enrique II á M. de la Vigne. Negociaciones en Levante, t. II, pág. 542.

(4) Ms. Rec. of. foreign Eliz. t. I, n.º 6, 18 nov. 1558 «That began not the fray, bear the burthen and the loss, and such a jewel as Calais is.»

(5) Ibid. n.º 42.

(6) Ibid. n.º 221 Wotton to Cecil, Bruselas, 9 enero 1559.

Guisa había vuelto á la corte el 27 de octubre (7), y el armisticio se había prolongado sucesivamente desde aquella época (8) sin que las partidas de caballería se abstuvieran de hacer presas por una y otra parte (9), y sin que los plenipotenciarios llegaran á entenderse. Finalmente Isabel, que se veía amenazada por los escoceses, se decidió á una concesión bastante rara: propuso, pues, que el hijo que tuviera del marido incógnito con quien había de casarse, se casara á su vez con la hija que naciera del matrimonio entre el delfín y María Estuardo, y recibiera á Calais como dote de esta esposa imaginaria (10). Esta combinación fué abandonada por otra, que no era ménos extraña: Calais debía continuar en poder de Francia por espacio de ocho años, y ser devuelta á los ingleses, pasado este término, ó rescatada por quinientos mil escudos. Al tenor de estas bases se firmó el tratado con Inglaterra el 2 de abril de 1559, y con España el día siguiente. Francia satisface á mayor precio las exigencias de Felipe II, y tiene que devolver al duque de Saboya todos sus Estados, salvo Pignerol y Saluces; Siena á los Médicis; Córcega á los genoveses, perdiendo hasta doscientas plazas fuertes (11).

Esta derrota diplomática desesperó á nuestros hombres de guerra, y hasta los mismos extranjeros quedaron asombrados. Los franceses, decían (12), han perdido de una vez todo lo que Enrique II y su padre habían ganado á costa de tantos esfuerzos, y hecho manifiestos el poder y fortuna de España. Puede decirse que no hay en nuestra historia acontecimiento más vergonzoso. La verdadera causa de este desastre no ha sido nunca exactamente conocida: Enrique II no se vió en rigor obligado á firmar la paz por la falta de recursos, porque á la sazón escribía al condestable: Para el año que viene tengo tantos ó más medios que este (13). Probablemente los escrúpulos religiosos hubieron de influir principalmente en el ánimo del rey para producir este desfallecimiento de patriotismo. Enrique II entregó nuestras doscientas plazas fuertes á fin de quedar más libre para destruir

(7) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 3128, f.º 158. Carta de Sansac á Humières del 27 octubre 1558.

(8) Ibid. Carta del 28 de octubre.

(9) Ibid. Carta de Aubespine á Humières del 26 de diciembre.

(10) Papeles de Estado de Granvela, t. V, pág. 468.—Ms. Rec. of. n.º 321 y 322.—Forbes, State papers of Elizabeth. t. I, p. 54.

(11) Los despachos, poderes y piezas del tratado de Cateau-Cambresis están en la Bib. nac. Ms. franceses 3153, todo el volumen, y 3156, fs. 13 y 89.

(12) Cabrera, tom. I, pág. 259.

(13) Gail, Cartas inéditas de Enrique II, p. 27.

X.—Vanidad de los proyectos de concierto contra la herejía

Antes de volver para siempre á España, prolonga Felipe su residencia en Bruselas despues de la paz, para acabar las tres grandes empresas que han ocupado su atención por espacio de cinco años (5): el restablecimiento de su autoridad en la corte pontificia, la conservación de la alianza inglesa y la intervención en los negocios de Francia.

El viejo Paulo IV estaba muy ocupado en las intrigas y crímenes de sus sobrinos para renovar sus querellas con España. Uno de estos aventureros á quien había investido el ducado de Palliano, usurpado á la familia de Colona, hubo de casarse con una rica heredera, y luégo acusó á su esposa de adulterio con un pariente suyo, llamado Marcelo Cápite: vacilando en matarla, su hermano el cardenal Carlos Caraffa le echó en cara este escrúpulo, y los dos estrangularon, en presencia de su hija Antonia, á la jóven duquesa, que estaba en cinta y que resultó al fin inocente en virtud de un proceso ulterior (6): en cuanto al pariente, supuesto cómplice, se le encerró en un calabozo de Soriano, se le sometió á cuestion de tormento, y guardando silencio murió en el potro. Fué invitado el papa por Felipe á castigar á sus sobrinos, pero el anciano sucumbió en un arrebato de cólera. Aquella misma noche (7) «el pueblo romano creyó que podía poner fin á los procedimientos de la inquisición que perseguía otros delitos que la herejía, y puso en libertad á los sospechosos.» Este motin inquietó á Felipe y lo afirmó en sus proyectos de prestar ayuda al Santo Oficio; pero no debió estar ménos disgustado de un escándalo que ofreció la Bolsa de Amberes. A la nueva de la muerte de Paulo IV, los banqueros de Amberes improvisaron una lotería á tres escudos por cada uno de los nombres de los sesenta y tres cardenales: el billete del cardenal que fuera elegido papa debía ganar el premio: algunos negociantes hicieron sus apuestas en favor de ciertos nombres (8).

El nuevo papa elegido, Pio IV, se mostró favorable á los intereses de España, durante los seis años que duró su pontificado.

Felipe II supo particularmente hacer que lo se-

(5) Desde julio de 1554, partida de España á Inglaterra, hasta agosto de 1559, regreso á España.

(6) Ms. Rec. of. n.º 1287, Challoner to Cecil, 31 ag. 1559.—Natalis Comes, pág. 262.—Leti, lib. XIV, pág. 325. Estos crímenes fueron castigados dos años despues.

(7) Ms. Rec. of. n.º 1287, Challoner to Cecil.

(8) Ibid.

á los reformados, diciendo «que no se tranquilizaría nunca su conciencia ni creeria en seguridad sus estados, miéntras no viera su reino limpio de tan maldita peste (1).» Pero puede creerse con Felipe II que tuvo por tentador en tales actos al condestable de Montmorency. Acabo de poner en libertad á Montmorency, escribe Felipe al duque de Feria (2), para arruinar en Francia la influencia de los que quieren continuar la guerra: desde su regreso no tendrán ya los Guisas tanta mano en la política ni en la gobernación del reino.

Cogido en las intrigas de sus cortesanos, creyó Enrique II que salvaba á lo ménos el honor, cubriendo este abandono con el nombre de dotes á nuestras princesas: dió la mano de su hermana al duque de Saboya y ofreció la de su hija mayor á Felipe II. Este ofrecimiento fué aceptado, no sin altivez. Nos ha parecido mejor, escribe Granvela (3), decirles francamente que áun cuando Vuestra Majestad haya estado siempre duro y difícil en recibir persuasiones para volver á casarse, no embargante, habiéndole hecho presente el deseo del rey Cristianísimo, se había resuelto á condescender, para mostrarle su bueno y sincero afecto. Felipe, sin embargo, acababa de probar á la nueva reina de Inglaterra que no era tan duro en esto de recibir persuasiones de este género. «No estaba Felipe, exclama Isabel de Inglaterra, ofendida de este aceleramiento en aceptar la mano de la princesa de Francia (4), no estaba tan enamorado de mí como lo queria hacer creer; no ha tenido paciencia para esperar cuatro meses; yo no he dicho nunca que no formalmente.»

Era necesario insistir en los siete ú ocho meses en cuyo decurso fueron preparadas y discutidas estas negociaciones: desde luégo, porque durante este período aparece Felipe con todas sus cualidades de tenacidad, de aplicación al trabajo, de fidelidad á sus aliados, prueba que sabe aprovecharse de las faltas de sus contrarios y reparar los reveses de sus armas; pero también porque de aquella hora datan los descontentos en Francia, los gérmenes de guerras civiles y la ruina de nuestra preponderancia. Por haber cedido nuestras conquistas de los veinte años precedentes estamos condenados á sufrir hasta fines del siglo la influencia del extranjero.

(1) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, cap. III.

(2) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 260.

(3) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 580.

(4) *Memorias* de la Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 268.

«Hasta el punto de decir redondamente que no.»